

a brevedad de una alocución; mas no puede pasar en silencio á los genoveses, á los milaneses y piomonteses, que públicamente cuando podían conseguir licencia, y en secreto cuando no se les daba, corrían á Savona y daban al Pontífice todas las imaginables muestras de ternura, de amor y de generosidad. Al verse en Francia siendo objeto de los atentos cuidados de las mas nobles señoras, habia olvidado su cautividad y sus sufrimientos. «Dios permitió, sigue diciendo el Papa, que fuésemos espectador y testigo de tantas virtudes.... ¿De dónde creéis que podía descender la tranquilidad á nuestra alma, ó mas bien dicho, aquel gozo que disfrutábamos en medio de nuestras privaciones, destierros y prisiones, sino de la celestial misericordia que nos sostenia y consolaba en cada tribulación? ¿Quién escitó el generoso corazón de los españoles á que tomaran súbitamente las armas y atacaran al enemigo, dueño ya de sus ciudades y fortalezas, y le arrojaron á pesar de eso fuera de sus límites patrios despues de sangrientos combates? ¿Quién arregló, sostuvo y aceleró la marcha de una confederación entre príncipes poderosos, y esos anhelados desenlaces de guerras terribles, y la ruina del hombre que llegó á la posición mas elevada, sino el Dios de los ejércitos?» El Santo Padre da tambien gracias á la Virgen y á los Apóstoles San Pedro y San Pablo, que le asistieron en sus amarguras, asi como á los mártires Silverio y Martin, predecesores suyos en la Cátedra de Roma, cuyo valor redobó el suyo. Esta alocución produjo una emoción general.

El cardenal Fesch dirigió el 12 de diciembre á Luis XVIII, la carta siguiente con ocasion de las fiestas de Navidad: «Señor, Dios es todo: todo poder emana de su voluntad: es el dueño absoluto que abate ó restaura los tronos, y reparte entre las criaturas las cabañas y los palacios, los talentos y

las virtudes. Acostumbrado á meditar estas verdades, no me admira que el deber me mande ofrecer á V. M. votos y felicitaciones con motivo de las santas festividades de Navidad. Sencillos son estos votos, pero tambien sinceros y puros. ¡Cúmplase la voluntad de Dios sobre su persona, sobre su familia y sobre la Francia! Dios es el mejor de los padres. ¿Puede desearse un bien mayor que cumplir su voluntad? Soy con el mayor respeto, etc.» En París se creyó que no debía contestarse á esta carta; lo cual dice Artaud (1), era herir á todos los cardenales para mortificar á uno solo. No se contestó; y aun se dió á entender que se esperaba que el Papa descargaría su enojo sobre aquel arzobispo, lo que casi equivalia á sentar el principio de que un obispo que desagrade ya no es obispo.

El último dia de 1814, Pio VII escribió al rey de Francia diciendo: «Ha sido del agrado de V. M. hacernos presentar por medio de su embajador una Memoria relativa al aumento de las Sillas episcopales y arzobispales. Este rasgo de confianza de parte de V. M. nos es infinitamente precioso, y creemos corresponder á él por nuestra parte, manifestando sin reserva nuestro modo de pensar. Hemos manifestado toda la solicitud conveniente para secundar vuestros deseos y allanar el camino, mediante varios proyectos comunicados por un comisario á vuestro embajador. Además nos hemos abstenido de insistir ulteriormente sobre la dotación en bienes raíces para las iglesias, como los santos cánones lo prescriben. Hemos tenido en consideración las circunstancias, y confiamos en las seguridades verbales dadas en nombre de V. M. Nada hemos omitido ni omitiremos para acelerar la terminación de ese asunto. Escitado por los deberes de nues-

(1) *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 399.

tro ministerio apostólico, no podemos dispensarnos de recordar á V. M. los sentimientos y los deseos expresados de orden nuestra en una nota dirigida á vuestro embajador en 15 de noviembre. Los males de la Iglesia de Francia son aun muy grandes, y esperan pronto remedio de las benéficas manos de V. M.; nos dispensamos de daros pormenores, porque no os pueden ser desconocidos. Indicaremos solamente en pocas palabras, que la religiosidad de V. M. no debe permitir que se dejen por mas tiempo en vigor tantas disposiciones contrarias á la autoridad y libertad de la Iglesia, opuestas á los principios indestructibles de la doctrina católica, particularmente las leyes relativas al divorcio. Estamos persuadidos que V. M. hasta el presente se ha visto obligado á tolerarlas á pesar suyo, y que la exquisita piedad del hijo primogénito de la Iglesia no tardará en dar á conocer sus saludables y sólidas resoluciones; y Dios, que por uno de sus mas patentes prodigios ha vuelto á colocar á V. M. en el trono de sus antepasados donde le reclamaban la justicia y la virtud, quiere que se sirva de su poder para favorecer la Religión, que es la base mas sólida de todos los imperios. Grandes hechos esperamos de V. M.: la Iglesia toda los espera, y estas esperanzas no serán defraudadas, porque se fundan en las notables virtudes de V. M. y le aseguramos que el Altísimo no las dejará sin amplia recompensa. Contad, señor, sin reserva alguna, con el impaciente deseo que tenemos de convenceros de nuestra particular y tierna consideración, asi como de nuestra paternal y tierna predilección, en prueba de la cual damos afectuosísimamente á V. M. y á toda su Real familia nuestra bendición apostólica.

El obispo de Saint-Maló envió esta carta á París con acta del restablecimiento de la ceremonia de la festividad de santa Lucía, celebrada en la iglesia de San Juan de Letran, en honor de Enrique IV (1).

Mientras que los asuntos de la iglesia de Francia se iban ventilando en Roma, empezaban á cicatrizarse bajo la mano de los Borbones las heridas que esta misma Iglesia habia recibido. Luis XVIII restablecia las antiguas Reales órdenes sobre la observancia de los domingos y festividades, y esta medida fué luego sancionada por una ley (2). Las procesiones del Corpus, que tanto tiempo hacia estaban interrumpidas en muchos lugares, volvieron á celebrarse en todas partes con solemnidad. Un decreto asignó capellanes á cada uno de los hospitales militares, donde los soldados heridos y moribundos carecian de todo auxilio espiritual. Otro no menos importante decreto, de 5 de octubre de 1814, se ocupó de los pequeños seminarios, cuyo número habia sido reducido por disposición de Bonaparte de 5 de noviembre de 1814. Habíanse ocupado y dado diferentes destinos á los edificios y mobiliario de los que se suprimian y se habia mandado que los alumnos pasasen á los liceos. Esta disposición habia escitado reclamaciones que no fueron oídas, y los obispos pedian con instancia que se rompieran aquellas trabas puestas en un acceso de despecho y de odio á la Religión. El rey decidió por lo tanto que los pequeños seminarios quedaran bajo la dependencia de los obispos, que podrian establecerlos donde creyesen oportuno, y nombrar los profesores. Quiso además Luis XVIII que los alumnos de estos seminarios quedasen dispensados de concurrir á los liceos y de pagar las retribuciones de la universidad. Esta providencia fué recibida con gratitud en las diócesis. Finalmente, en reparación del regicidio, que habia aterrado al mundo, se celebró en la igle-

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 391.

(2) *Memor. para la hist. ecles. del siglo XVIII*, t. 3, p. 614.

sia de San Dionisio y en todas las iglesias de Francia, el 24 de enero de 1815, un funeral expiatorio por el alma del desgraciado Luis XVI. Los mortales despojos de este monarca, y de Maria Antonieta, fueron buscados con el mayor afán y depositados en la bóveda destinada para sepultura de los Borbones.

La noticia de estas reparaciones consolaba á Pio VII, que no se cansaba de dar gracias á la Providencia por sus beneficios á tiempo que iba á tener que lamentar nuevas calamidades.

Murat habia solicitado tratar con la Santa Sede para hacerse garantir la investidura de su reino (1). Para esto habia prometido restablecer los antiguos usos; pagar las deudas atrasadas y ser en cierto modo un feudatario mas complaciente que lo habia sido Fernando desde los últimos años del siglo XVIII. De repente el gabinete de Joaquin cambió de tono: mientras que él ocupaba personalmente gran parte de los Estados romanos, apenas defendidos por tres batallones, aparentó temer hostilidades y preparó la guerra. Cartas de Ancona anunciaron al cardenal Pacca que Murat caminaba hácia esta ciudad, con intencion de sublevar el pueblo italiano en favor de la independencia de Italia, y que él seria el motor y gefe de aquella independencia.

En 26 de febrero de 1815, Bonaparte se escapó de la isla de Elba á las ocho de la noche. Esta noticia llenó de desolacion á Roma (2). Decíase que madama Elisa, anteriormente gobernadora general de Toscana, habia dicho en Bolonia: «Bonaparte está en Francia: si llega el caso de ser hecho prisionero, nosotros trataremos de cojer al Papa y tenerlo en rehenes.» En aquellos momentos el rey Joaquin pidió oficialmente el paso para doce mil

hombres (1). Pio VII se lo negó, y siguiendo el parecer de la mayor parte de los cardenales, se decidió á abandonar á Roma. Partió en efecto el 22, cuando supo que los napolitanos habian entrado en Terracina. Por medio de una circular se dió cuenta á todo el cuerpo diplomático de la partida del Papa, y los embajadores se decidieron á seguirle. Roma entretanto debia ser gobernada por una junta compuesta del cardenal La-Somaglia y de los prelados Riganti, San-Severino, Falsacappa, Ercolani, Justiniani y Rivarola. Pio VII, que se habia trasladado á Liorna, encargó se pidiese al comandante de la fragata inglesa *Aboukir* que le condujera á Génova. El comandante respondió que se tenia por dichoso en prestar aquel servicio al Papa, pero que no podia partir en el acto, porque debia escoltar al puerto de Génova los buques de su nacion, que fletaban en Liorna mercaderías de súbditos ingleses; sin embargo, ofrecia recibir inmediatamente á bordo á Pio VII para ponerlo en seguridad (1). Mas el Papa prosiguió su camino hasta el golfo de Spezzia y allí se embarcó para llegar mas pronto á Génova. Iba á atravesar parte del camino que poco antes habia recorrido, cuando habiéndose mareado un individuo de su servidumbre, mandó que se prosiguiera el camino por tierra, aunque él por su parte no habia sentido ninguna incomodidad de mareo. El obispo de Saint-Maló, que habia llegado ya á Florencia, resolvió dirigirse á Génova, y escribió el 11 de abril su primera carta al marqués de Jaucourt, que reemplazaba á Talleyrand. En la audiencia que el embajador tuvo con el Papa, le dijo este en terminantes palabras: «No os inquieteis, señor emba-

(1) *Relazione del viaggio de Pio Papa VII á Génova nella primavera dell' anno 1815, e del suo ritorno in Roma, scritta dal cardinale Bartolomeo Pacca, p. 8.*

(2) *Ibid. p. 40-41.*

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 394.

(2) *Ibid. p. 395-396.*

»dor, esto es una tempestad que durará tres meses.» El Papa no se equivocó mas que en diez dias.

Al rededor de Pio VII vinieron á colocarse la mayor parte de los cardenales; y para consultar sobre los asuntos de la Iglesia, se hizo venir á dos clérigos regulares, ilustres ornamento de la congregacion de los clérigos regulares de San Pablo, llamados Barnabitas, y posteriormente del Sacro Colegio: uno era el P. Fontana, general de la órden, promovido al cardenalato en 1816, y el otro el P. Luis Lambruschini, posteriormente arzobispo de Génova, desde donde pasó en calidad de nuncio á la corte de Francia y fué condecorado con la púrpura en el consistorio de 30 de setiembre de 1831 por la Santidad de Gregorio XVI (1).

Napoleon llegó á Paris el 20 de marzo, y el primer uso que hizo de su poder fué desterrar á los emigrados y eclesiásticos que habian entrado el año anterior (2). Los obispos que habian venido de Inglaterra tuvieron que regresar á su destierro, y el clero todo tuvo que prepararse para padecer nuevas persecuciones. Oíase las mas groseras injurias contra los sacerdotes, y en muchas partes las curas fueron insultados, delatados, molestados y reducidos á prision, ó precisados á ocultarse. En la misma capital hubo algunos á quienes se mandó que dejaran sus parroquias. El haberse muchos sacerdotes negado á prestar el juramento á Bonaparte ó á rezar públicas oraciones por él, hubiera sido un pretexto suficiente para nuevos rigores; mas no se llegó á este extremo, porque despues de haber pedido en algunos puntos el juramento á los eclesiásticos, se acabó por renunciar á

semejante medida. Entre los obispos la mayor parte guardaron silencio y esperaron el fin de la tempestad. El obispo de Soissons se retiró á Inglaterra, despues de haber rehusado el juramento. Algunos se pronunciaron enérgicamente en el mismo sentido, mientras que otros, que anteriormente habian pertenecido á la Iglesia constitucional, se esplicaron de distinto modo; el arzobispo de Besanzon y los obispos de Valence, de Dijon, y de Angulema publicaron pastorales, en que presentaban la revolucion de 20 de marzo como un insigne favor de la Providencia.

Caulaincourt, ministro de relaciones exteriores, habia escrito el 4 de abril de 1815 al cardenal Pacca, notificándole el regreso de Bonaparte. Decia que el conquistador no tenia mas que un deseo, y era pagar el afecto de la Francia, no ya con trofeos de una grandeza demasiado estéril, sino asegurándole todas las ventajas y beneficios de una feliz y decorosa tranquilidad. El mismo Napoleon, escribiendo con igual fecha á Pio VII, hacia los mismos ofrecimientos. «El restablecimiento del trono imperial, decia, era necesario á la felicidad de los franceses. Mi mas grato pensamiento es hacerlo útil al mismo tiempo al consolidamiento de la Europa. Bastante gloria ha ilustrado alternativamente las banderas de las diversas naciones. Las vicisitudes del destino han hecho suceder grandes desastres á grandes victorias. Un mas hermoso palenque se abre hoy á los soberanos y yo soy el primero que me lanzo á la arena. Despues de haber dado al mundo el espectáculo de las grandes batallas, será mas dulce no conocer en lo sucesivo mas rivalidad que la de las ventajitas de la paz, ni mas mas lucha que la santa lucha de la felicidad de los pueblos. La Francia se complace en proclamar francamente este noble objeto de todos sus deseos: celosa de su independencia, el principio invariable

(1) *Relazione etc.*, p. 57-58.

(2) *Mem. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII*, t. 3, p. 635-636.

de su política será el mas absoluto respeto á la independencia de las demas naciones. Si tales son, como tengo la dicha de creerlo, los sentimientos personales de Vuestra Beatitud, la paz general quedará asegurada para largo tiempo, y la justicia, sentándose en los confines de los diversos Estados, bastará por sí sola para hacer respetar sus fronteras. Suplico á Vuestra Beatitud crea que siempre me encontrará muy solícito en darle pruebas del respeto filial con que soy, Santísimo Padre, vuestro adicto hijo, NAPOLEON. Estas cartas no llegaron originalmente á su destino: sin embargo, pudieron salir de Francia algunas copias de ellas, pero la córte romana no dió contestacion alguna (1).

Al mismo tiempo Napoleon acreditaba de plenipotenciario en Roma al cardenal Fesch. Este debia manifestar que el emperador no tenia ánimo de tocar á las temporalidades del Papa, y bajo este concepto no habia motivo ninguno de discusion entre el gobierno francés y la Santa Sede. Por lo tocante á lo espiritual, el emperador se atenia á la bula de Savona; decíase que el clero francés daba grande importancia á esta bula; mas por de pronto el emperador no queria ocuparse de asuntos eclesiásticos. Solo si deseaba que Pio VII diese la institucion canónica á los obispos nombrados antes de su partida de Fontainebleau. El cardenal debia decir además que la situacion política de la Francia no estaba aun bien determinada: hasta aquella época la cuestion de la guerra estaba totalmente indecisa: el emperador tendria dentro de poco tiempo cuatrocientos mil hombres; pero toda su política propendia á la conservacion de la paz. Tratábase tambien en aquellas instrucciones de algunos actos que acababan de tener lugar en

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 400-402.

tre el Santo Padre y el rey de Francia. El emperador no queria tampoco separar su causa de la del rey de Nápoles.

Ya este habia avanzado contra los austriacos hasta Módena. Entre esta ciudad y Reggio ocurrió una refriega en que las tropas napolitanas llevaron la peor parte. Posteriormente sufrieron otro revés entre Tolentino y Macerata, y Joaquin Murat no tuvo mas recurso que huir hácia Nápoles, desde donde se vió todavía obligado á retirarse á Francia.

Antes de marchar Napoleon para Bélgica, pidió á sus ministros una Memoria sobre las relaciones con la Santa Sede. «El Santo Padre, dijo Caulaincourt en el informe que le presentó, debe en la actualidad haber regresado á sus Estados. Los acontecimientos que le habian hecho salir de ellos son estraños á V. M. Por otra parte V. M. ha manifestado desde su regreso deseos de entrar en relaciones con la Santa Sede, y la posicion del Papa debe inclinarse á prestarse á esto mismo. *La Santa Sede es esencialmente neutral* (¡confesábanlo entonces!) *y por grandes que sean las turbulencias políticas no puede renunciar á su comunicacion con una potencia cristiana, y sus deberes como Gefe de la Iglesia pueden impedirle el entrar en las pasiones de las demas potencias.* Asi á la Francia como á la corte de Roma conviene que no se interrumpan las relaciones de los dos gobiernos, pues ellas pueden influir en el sostenimiento de la tranquilidad pública y ejercer un saludable influjo sobre la opinion. Finalmente, V. M. debe desear contrabalancear por medio de un encargado de negocios en Roma la influencia que la legacion del último gobierno podria tener aun allí, y de la cual se serviria para obtener bulas ú otros actos contrarios á las disposiciones del concordato. Y efectivamente, ya el Papa habia salido de Génova y se dirigia á Roma, despues de haber estado en Savona á corona

una milagrosa imágen de la Virgen que habia sido objeto de sus oraciones en 1814.

Algunos dias despues de la llegada de Pio VII á Génova, vinieron diputados de la ciudad de Savona á cumplimentarle, suplicándole honrara nuevamente á esta ciudad con su presencia, y les diera el consuelo de verle proceder á la ceremonia tan deseada, de la coronacion de la estatua de una Virgen milagrosa, llamada de la Misericordia, que se veneraba en una iglesia situada á cuatro millas de Savona en el valle de San Bernardo (1). Para inteligencia de estos sucesos, conviene saber que algunos años antes, una aldeana de la diócesis de Savona habia anunciado que Pio VII, Soberano Pontífice reinante, iria en efecto á coronar la estatua de la Santísima Virgen, espuesta á la veneracion de los fieles en el santuario de Nuestra Señora de la Misericordia. No se dió por de pronto á sus palabras mas atencion que la que en nuestros dias se hace de las predicciones; mas al llegar Pio VII tan impensadamente á Savona en agosto de 1809, se recordó la profecía y se principió á creer que el Pontífice consumaria realmente aquella piadosa ceremonia. Sin embargo, estas esperanzas se desvanecieron por haber sido trasladado el Papa súbita y violentamente desde su prision de Savona á Fontainebleau. Sin embargo, volvieron á reanimarse las esperanzas al aparecer de nuevo Pio VII en Savona en febrero de 1814. La aldeana que las habia hecho nacer, no habia cesado de insistir en su prediccion, aun cuando por las circunstancias parecia mas inverosímil. Mas Pio VII volvió á ponerse otra vez en camino hácia Roma, y la prudencia humana no podia calcular que hallándose restablecido en su Sede emprendiera este Pontífice nuevos viajes. «En verdad, decia él sonriéndose con

algunas personas que le visitaban y que habian dado crédito á las palabras de la aldeana, que vuestra profetisa no ha tenido mucho acierto. Sin embargo, la prediccion debia verificarse. Pio VII al oír la súplica de los diputados de Savona que habian venido á presentársele en Génova, á donde le habian traído las circunstancias políticas contra toda probabilidad, hizo preguntar por el cardenal Pacca al rey Victor Manuel, si le seria agradable que procediese á verificar aquella ceremonia, por la que tanto instaban los habitantes de Savona, y si esto podria hacerse en aquellos criticos momentos sin turbarse la tranquilidad (1). El rey contestó que no solo era de su agrado, sino que asistiria personalmente á la ceremonia, y añadió que todo se verificaria con tranquilidad y edificacion. Victor Manuel pasó en seguida á Génova con el duque y duquesa de Módena, hija suya, á ofrecer á Pio VII el homenaje de su filial y tierno afecto. En 8 de mayo de 1815 el Papa fué de Génova á Savona, y este viage puede muy bien llamarse una marcha triunfal, al través de las poblaciones que de todos los modos imaginables hacian brillar su alegría, su respeto y su piedad (2). Se hospedó en el palacio episcopal que antes le habia servido de prision (3). Al dia siguiente el estrépito del cañon anunció la llegada de Victor Manuel, que venia á habitar un palacio inmediato. Pio VII quiso causarle una agradable sorpresa, y para conseguirlo yendo á visitarle tuvo que atravesar á pié una plaza. En aquel mismo instante el rey, sin duda con las mismas intenciones, se dirigia á la habitacion del Papa, de manera que por una estraña coincidencia se encontraron en medio de la plaza. Victor Manuel y la duquesa de Módena, su hija, que le acompañaba, se

(1) *Relazione del viaggio*, etc., p. 68-69.

(2) *Ibid.*, p. 83.

(3) *Ibid.*, p. 85.

(1) *Relazione del viaggio*, etc. p. 62-65

arrodillaron con profunda humildad y con extraordinarias señales de respeto para besarle los pies, y en tanto que el Papa pugnaba por levantarlos del suelo, una multitud de pueblo se habia agolpado en torno de ellos y llenaba el aire con sollozos y exclamaciones que tan interesante escena les arrancaba. Así quiso la Providencia que el Pontífice recibiera de un rey, soberano de aquel territorio, grandes y públicos homenajes y brillantes testimonios de honor y respeto en la misma plaza por donde algunos años antes habia atravesado prisionero y custodiado por gendarmes que no dejaban comunicar á los fieles con el Padre y Pastor comun. El Papa se trasladó el día 10 desde Savona al santuario de Nuestra Señora de la Misericordia, y despues de la misa bajó á la pequeña capilla subterránea, en donde se hallaba sobre un altar la milagrosa imágen de Nuestra Señora, que fué coronada por el Santo Padre con las ceremonias de costumbre. El recinto de esta capilla es tan angosto, que apenas cabia en él Pio VII y algunos sacerdotes y cardenales que le asistían en el altar, á cuyos dos lados se habian colocado el rey Víctor Manuel, su hija la duquesa de Módena y Maria Luisa de Borbon, que entonces se titulaba reina de Etruria, con el infante don Luis y su hermana. En las gradas de la escalera que conduce á la capilla se habian colocado las damas y caballeros de la corte de estos soberanos. Aunque todas las pompas y demostraciones de honor con que la devoción humana obsequia sobre la tierra á la Virgen Maria nada sean en comparacion de los méritos de la Madre de Dios, no puede sin embargo menos de confesarse que aquella piadosa ceremonia verificada en un sitio tan retirado y agreste, en medio del campo, resaltó mucho en grandeza y magestad por la reunion de tan augustos personajes.

Pio VII regresó el 12 de mayo de Savo-

na á Génova, donde supo la derrota del ejército napolitano mandado por Murat, por cuya razon se determinó á volver á Roma. Este cuarto regreso del Pontífice á la capital del mundo cristiano fué tambien celebrado con regocijos públicos, cuyo mas bello ornato fué el amor de los romanos.

No tardó en saberse lo que el congreso de Viena habia determinado el 9 de junio de 1815 acerca de las provincias de la Santa Sede. El artículo 103 del tratado la devolvía las Marcas con Camerino y sus dependencias, así como el ducado de Benevento y el principado de Ponte-Corbo. Volvia á entrar en posesion de las Legaciones de Ravena, de Bolonia y de Ferrara, escepto la parte de este país situada en la orilla izquierda del Pó. Francisco I y sus sucesores debían tener derecho de guarnecer con tropas suyas las plazas de Ferrara y de Comacchio, y estas últimas disposiciones dieron lugar á una protesta por parte del cardenal Consalvi para sostenimiento de los derechos de la Sede Apostólica. Por lo demás el acta de 9 de junio fué prontamente puesta en ejecucion, y en 18 de julio siguiente las tres Legaciones fueron entregadas por los comandantes austriacos á los comisionados del Papa, quedando de este modo restablecida su autoridad en aquel país al cabo de diez y ocho años de espoliacion.

En los primeros dias Consalvi, en medio de los representantes y gefes de tantos y tan grandes pueblos, no habia estado influyente (1); mas habiéndose iniciado prontamente en los secretos de todos, no reclamando nunca para él sino lo que era notoriamente justo, y realzando cuando venia al caso las virtudes, nobleza de alma y dulzura de su señor, se grangeó el aprecio de todos. Roma, apoyada por la alta reputacion que Pio VII habia ad-

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2. 403.

quirido en Europa entre los hombres de todas las creencias, consiguió lo que pidió. Hasta se le concedió para sus nuncios el derecho de presidir en las ceremonias á todos los embajadores, aun siendo estos protestantes, ó hallándose separados por un cisma, y el de arengar á los soberanos en nombre del cuerpo diplomático. La Prusia fué la única que opuso por un momento algunas dificultades. En fin, Consalvi regresó á los Estados de Pio VII, y tuvo la satisfaccion de decirle que iban en lo sucesivo á ser mas florecientes y tener mas seguridad que en ninguna otra época desde Carlo-Magno.

Sin embargo, no disimularemos que el Congreso de Viena dió al protestantismo una enorme preponderancia en Alemania y en otros países. Todos los Principados eclesiásticos caían en su poder, dicen las *Memorias para la Historia eclesiástica del siglo XVIII* (1), y los pueblos mas adictos á la Religion católica tenían soberanos de distintas comuniones. Habíanse proferido quejas en otros tiempos con motivo del perjuicio que el tratado de Westfalia habia causado al catolicismo, dando algunas soberanías eclesiásticas á príncipes protestantes; mas ahora no solo no quedaba ninguna soberanía eclesiástica, sino que todos los países católicos del norte de Alemania eran invadidos por príncipes luteranos ó calvinistas. El Congreso de Viena en estas diversas disposiciones descuidó los intereses de la fé católica y tambien se disolvió sin proveer á las necesidades de la Iglesia de Alemania, y sin determinar nada por lo tocante á las reclamaciones que sobre el particular le fueron hechas, entre otros, por el mismo Consalvi en su nota de 17 de noviembre de 1814. Este cardenal esponía los trastornos causados, la estincion de los derechos mas antiguos y de los privilegios

mas autorizados, la espoliacion de las iglesias y la ruina de los cabildos, de los monasterios y de todos los establecimientos fundados por la piedad de los siglos anteriores. Los diputados de muchas diócesis presentaron igualmente Memorias, pintando con los mas tristes colores la anarquía, el desorden y la miseria de las iglesias. El emperador de Austria les dió audiencia, y les ofreció su proteccion; pero el Congreso no por eso dejó de consumir la invasion de lo temporal, y no tomó medida alguna respecto de lo espiritual: lo cual fué objeto de una nueva nota y de una protesta entregadas por Consalvi al Congreso en 14 de junio de 1815. Por apremiante que fuese el ocuparse en estas materias, el Congreso reservó al parecer la discusion de ellas para la Dieta que debia abrirse en Francfort en 1.º de setiembre siguiente, y cuya apertura se aplazó para mas adelante.

Fuera de Alemania, los Países-Bajos, aquella region tan adicta á la Religion, pasaron tambien al dominio protestante, siendo cedidos á Guillermo, príncipe de Orange.

Este príncipe, á quien las armas francesas obligaron en 1795 á espatriarse, habia regresado á Holanda á fines de noviembre de 1813, y con arreglo á los consejos del gabinete de San James preparó á los holandeses á que por sus votos le dieran el título y derechos de *soberano de las provincias unidas de los Países Bajos*, para ser poseido hereditariamente por sus descendientes, y les propuso una nueva constitucion á propósito para sancionar aquel nuevo orden de cosas. Despues que esta ley fundamental fué aceptada por los seiscientos nobles elegidos por el príncipe, Guillermo, antes de prestar el juramento de observarla y mantenerla, pronunció un discurso cuyos siguientes párrafos son dignos de atencion.

«No solo las potencias extranjeras han aplaudido el que hayamos recobrado nuestra

(2) Tomo 3, p. 646—647.